Perfil típico del ecumenismo en Latinoamérica

Juan Francisco Nothomb
Hermanito del Evangelio

El descubrimiento del protestantismo suramericano es una experiencia bastante nueva para un católico europeo suficientemente al corriente de las cuestiones ecuménicas. Debe estar atento a no formarse una opinión demasiado apresurada y de no adoptar juicios prematuros sobre la situación recíproca de los católicos y de las diversas comunidades salidas de la Reforma que están representadas en el continente (1).

Grupos numerosos y homogéneos en Europa

Muy pronto se dará cuenta de que la situación que descubre no es del todo la misma que ha conocido en Europa. Allá, las iglesias salidas de la Reforma, aunque están divididas en muchas ramas, con doctrinas relativamente diversas, están constituidas en grupos numerosos y homogéneos, bien estructurados, ya institucionalizados, asentados sobre bases sólidas y tradicionales, nutridos del pensamiento y de la doctrina de los grandes doctores de la Reforma, lo cual les da, a pesar de sus diferencias, puntos de coincidencia que están lejos de no representar más que un mínimo común. Cada vez más, estas iglesias han calibrado su distancia en relación con la Iglesia Católica, y su unidad de acción, y quizás de pensamiento, no tiene ya el aspecto absolutamente negativo del anticatolicismo. Es muy importante darse cuenta de que estas iglesias y la Iglesia Católica no están ya en lucha abierta y no practican, la una contra la otra, el proselitismo activo y chauvinista, por lo cual sus relaciones están establecidas sobre bases pacíficas. El movimiento que está en marcha desde hace algunos años y que el Concilio ha concretado más todavía ha sido fuertemente impulsado por la situación europea durante la segunda guerra mundial.

Multitud de pequeñas comunidades de origen anglo-sajón en Latinoamérica

Muy otra es la situación en América Latina. En su inmensa mayoría, el protestantismo que se extiende por el continente es de origen norteamericano (2). Está representado por una multitud de pequeñas comunidades, nacidas del portestantismo anglo-sajón, tanto anglicano como presbiteriano, generalmente bajo la influencia de la predicación de personalidades fuertes que querían reformar sus propias comunidades en período de decadencia y que basan su predicación sobre una revelación personal, enseñando más una moral austera y ascética que una doctrina bien definida. La llegada en masa de misioneros enviados por estas comunidades al continente suramericano data de los años de la postguerra; sin embargo, muchas de estas comunidades tenían ya representantes que anunciaban el Evangelio en el continente hace más de 50 años. Se sabe que la llegada al poder de los comunistas en China y la pérdida de este enorme país para las misiones ha posibilitado esta llegada en masa a nuestro continente (3).

---

(1) Parece más conforme al espíritu del Concilio emplear la palabra "comunidad" que la palabra "secta", con la cual se denominan generalmente los pequeños grupos religiosos originarios de los Estados Unidos. La palabra "secta" tiene un sentido peyorativo y despreciativo.

(2) En 1961 había en América Latina alrededor de 9.000.000 de protestantes, atendidos y formados por 16.000 misioneros y pastores, repartidos entre casi 300 iglesias o sociedades misioneras. Es necesario distinguir claramente la presencia de dos protestantismos en América del Sur: el de las iglesias históricas que están ligadas a las tradiciones europeas y que representan un tercio del protestantismo suramericano y son poco activas; y el representado por el grupo de numerosas comunidades de las cuales se ocupa exclusivamente este artículo.

(3) La disponibilidad de los misioneros que estaban en China no es la única causa de esta llegada en grandes cantidades. La guerra mundial, que envió millones de soldados norteamericanos a todo el mundo, ha despertado el sentido misionero.

Determinantes de la predicación de la palabra de Dios

Muchas de estas comunidades, a pesar de sus diferencias, se esfuerzan por alcanzar una cierta unidad de acción y se ponen de acuerdo sobre un mínimo de doctrina extremadamente reducido: en general, la fe en Jesús Salvador, Hijo de Dios y Segunda Persona de la Santísima Trinidad, y la autoridad absoluta de la Escritura (4). Aparte de este mínimo indispensable, estas comunidades basan mucho más su predicación de la palabra de Dios sobre una moral práctica, muy simple y concreta, que sobre la doctrina como verdad revelada. Moral evangélica, por supuesto, moral con carácter austero, que encuentra su base en el pesimismo esencial que considera al hombre viciado por el pecado, y a toda la creación necesariamente inclinada hacia el mal, vieja herencia de la más antigua tradición de la Reforma; pero también una moral importada muy a menudo del país de origen e influenciada por la situación concreta de ese país para el momento del nacimiento de la comunidad. Es así como los fieles actuales de estas comunidades deben abstenerse de fumar, de beber alcohol, de bailar y de ir al cine. Estas prohibiciones se justificaban en los Estados Unidos en determinada época, a causa de los estragos del alcohol y del tabaco, de los cuales se abusaba de manera escandalosa, pero carecen totalmente de sentido para ciertos primitivos cuyo uso del alcohol es muy reducido y cuyo consumo del tabaco tiene a menudo un valor religioso. Estas interdicciones están actualmente basadas en la Escritura, y toman, por lo tanto, un valor absoluto de mal si son transgredidas. Por eso, cuando pregunté a un Pastor si podía beber vino, me respondió: "Nosotros somos el Templo de Dios y no se puede mancillar el Templo de Dios como San Pablo nos lo enseña en sus epístolas." Le pregunté entonces por qué el mismo San Pablo aconseja a su discípulo Timoteo beber vino a causa de su salud y por qué Jesús cambió el agua en vino en Caná y utilizó el vino para la última Cena. Evidentemente, no pudo responderme nada, pero yo sentí claramente que allí había un absoluto proveniente de una revelación personal a través de la lectura de la Sagrada Escritura.

Poca importancia a lo doctrinal

La poca importancia que dan a los asuntos de doctrina puede observarse fácilmente en las traducciones de la Escritura que hacen en lengua indígena. A menudo hay bastante confusión en el uso y el sentido de ciertas palabras que tienen, por otra parte, un significado muy preciso. Para hablar de los miembros de las comunidades se usa el término "los creyentes", introduciendo en ello un sentido de obediencia a los mandamientos de Dios, más que el verdadero sentido de "los que tienen la fe". Los creyentes son, por lo tanto, los que obedecen a Dios. Así, al hablar de Caín, se dirá que no era "creyente" porque desobedeció a Dios. Sin embargo, el drama de Caín y de todo cristiano pecador es, justamente, el ser pecador a pesar de ser creyente, a pesar de tener fe en Dios. En su epístola Santiago nos dice que "los demonios creen y tiemblan" (Sant. 2, 19).

Su anticatolicismo y su desconocimiento de la doctrina católica

Puede decirse también que cierto anticatolicismo es igualmente, a menudo, uno de los rasgos característicos de estas comunidades. Yo creo que se trata más de una actitud de principio que de una actitud de hecho, que estaría basada sobre la realidad concreta del continente suramericano y su casi totalidad católica por el bautismo, hecho que el protestantismo encuentra obligatoriamente y que no puede dejar de afrontar como su único obstáculo. Sería necesario conocer mejor la situación religiosa en los Estados Unidos para decirlo con certeza, pero parece que éste sea el caso, pues estas comunidades sienten muy poca angustia por la desunión, tan pregonada públicamente, de los cristianos frente a las poblaciones paganas. Según mi conocimiento, la mayoría de las comunidades protestantes que trabajan en América Latina no forman parte del Consejo Ecuménico de las Iglesias, y sé que algunas son opuestas a la existencia misma de dicho Consejo. No están sujetas, por lo tanto, a la influencia bienhechora de este importante organismo sobre las iglesias miembros. Muy a menudo pueden encontrarse en las traducciones de la Escritura comentarios y cuestionarios cuyo sentido está dirigido contra la fe y la predicación católicas. Podría citar más de un ejemplo, si bien todos pueden no ser casos intencionales (5).

De hecho, hay entre nuestros hermanos separados un conocimiento casi nulo de la Iglesia Católica y de su doctrina (6). La Iglesia es para ellos una organización política mucho más que una organización religiosa instituida divinamente para la salud de las almas. Creo que puede decirse que hay en esta actitud anticatólica una cierta certeza práctica de que nuestra Iglesia es una especie de anticristo, cada vez más y más infiel a la enseñanza de la Escritura, en el curso de los siglos, agregando sin cesar nuevas doctrinas.

---

(4) Entre la población indígena Makiritare trabajan dos sociedades misioneras protestantes. Es significativo comprobar su preocupación de no formar más que una sola comunidad religiosa Makiritare. Nada permite suponer, en el comportamiento exterior de los pastores de estas dos sociedades, las diferencias que hay entre ellas.

(5) Un ejemplo típico. Después del versículo 13 del capítulo 14 del Evangelio de San Juan (San Juan en Makiritare. Nuevas tribus) que dice: "y lo que pidiereis en mi nombre, eso haré", aparece la pregunta: "podemos orar en nombre de María y de los Santos". Es por demás significativo comprobar cuánto se nos reprocha el culto a la Santísima Virgen y a los Santos, basándose para esto, más que todo, en una predicación exagerada y en una piedad popular de tendencia supersticiosa, que no está conforme a la enseñanza de la Iglesia. Recordemos lo que dice el Concilio a este respecto: "(El Concilio exhorta a los que llevan la Palabra de Dios)... guardarse con el mayor cuidado de toda palabra o de todo gesto susceptibles de inducir a error, sea a nuestros hermanos separados, sea a toda otra persona, sobre la verdadera doctrina de la Iglesia" (Constitución Dogmática de la Iglesia, Capítulo VIII, 67). Cualquier católico algo conocedor de la doctrina sabe la diferencia esencial que hay entre la oración dirigida a Dios y la oración dirigida a la Santísima Virgen y a los Santos.

Pasión sagrada por la predicación de la palabra de Dios y celo misionero

Otro rasgo característico de estas comunidades es una pasión sagrada por la predicación de la Palabra de Dios "a tiempo y a contratiempo", como decía San Pablo. Pero ellos llevan este leit-motiv hasta el absoluto, con la tendencia de no ver, en todos los elementos humanos y psicológicos que preparan la predicación de la Palabra, más que concesiones hechas al "mundo". Predicar la Palabra parece ser, de hecho, para ellos, el único sacramento, un sacramento que actúa "ex opere operato", absolutamente eficaz para el que escucha la palabra y cree, en tanto que aquel que no cree está condenado, porque "fuera de la recepción de la Palabra no hay salvación", me atrevería a decir, tomando nuevamente la forma tradicional católica "fuera de la Iglesia no hay salvación", en su sentido má estricto, más rigorista. A este respecto sería interesante conocer el pensamiento de nuestros hermanos separados en relación con la salvación de aquellos que no han podido oír la Palabra y de los que la rechazan sin falta por su parte (7).

Es así como existirá a veces una especie de obligación de "desembarazarse" de la Palabra para no ser responsable de no haberla dicho, y será el oyente no creyente de la Palabra, aun si no está preparado en absoluto para recibirla, quien cargue con la responsabilidad de rehusarse a creer.

De esta pasión por la predicación de la Palabra, que es la única que salva, proviene ciertamente una generosidad notoria y un celo misionero extremadamente fuerte, de donde nacen a menudo actos muy heroicos y una gran audacia apostólica. No se vacilará ante ningún peligro ni ninguna dificultad para llegar hasta los sitios reputados como más peligrosos; se aceptará vivir allí, en las condiciones más duras, endurecidas todavía más por el hecho de que la mayoría de los misioneros de estas comunidades tienen mujer y niños. Podría citar muchos casos que conozco personalmente y que no pueden menos que suscitar la admiración porque son ejemplos fecundos.

De allí viene también un interés muy marcado por ponerse al nivel de aquellos a quienes se evangeliza; es así como el estudio de las lenguas indígenas en las misiones tiene un lugar importante y se hace hincapié en traducir la Sagrada Escritura y enseñar a las gentes a rezar en su lengua. Nuestros hermanos separados han obtenido en este campo resultados absolutamente notables.

Esta pasión por la Palabra conduce también a exageraciones que a menudo son contraproducentes. Por todas partes se encuentran estos predicadores, con la Biblia constantemente en la mano, citando con cualquier motivo una gran cantidad de referencias bíblicas, hasta el punto de ser fastidiosos. Un día sufrí personalmente un verdadero sermón de media hora, a pesar de que las dos personas que me hablaban me conocían; sin embargo, me hablaban exactamente como si yo no conociera el nombre de Jesucristo.

La razón de sus preferencias en su temática

Los textos de la Escritura que tienen mayor preferencia son los escritos de San Juan: su Evangelio, la Primera Epístola y el Apocalipsis. Se comprende esta preferencia. No quiero decir con esto que San Juan no sea el discípulo que conoció mejor a Jesucristo interiormente, puesto que era el discípulo bienamado; pero todo el texto de San Juan tiene una apariencia "hermética", "profética", que correponde muy bien con la línea de estas comunidades protestantes, que apelan incesantemente a la libertad del cristiano y a su deber de profeta.

La primera epístola de San Juan, si bien nos habla sin cesar del amor de Dios, está también llena de la presencia del demonio, del espíritu del mal, del anticristo, del cual se habla mucho en estas comunidades. En cuanto al Apocalipsis, su sentido es todavía más hermético y profético. Ahora bien, para muchas de ellas, estamos en los últimos tiempos de la historia anunciados por ciertos pasajes de la Escritura, con toda la renovación de los dones especiales, don de lenguas, don de curación, etc., otorgados a los apóstoles de los últimos tiempos lo mismo que a los de los primeros tiempos. Recuerdo la conversación que tuve en un taxi "por puesto" entre San Félix y Ciudad Bolívar, con un "creyente" convencido; en su conversación se mezclaba lo mejor y lo peor: el testimonio de la adhesión a Cristo tan conmovedora como contagiosa y otras afirmaciones extrañas. Afirmaba con convicción que los animales terribles del Apocalipsis no eran otros que los vehículos con los cuales nos cruzábamos en la carretera, símbolo de una civilización pecadora y condenada. Hablaba del próximo "rapto de la Iglesia", reminiscencia del viejo mito milenario, todavía vivo a pesar de los recientes avances en la predicción de la fecha del fin del mundo. Recientemente, un pastor nos decía al fin de una conversación relativa a la guerra de Vietnam: "De todas maneras, esto se terminará por la venida de Jesucristo."

De allí viene la tendencia un poco farisaica de condenar al mundo, y especialmente a todos los que no son "creyentes", a quienes se envía directamente al infierno. Tengo ejemplos precisos a este respecto. Se dirá así "que todos los curas irán al infierno porque son mentirosos", que tal sacerdote "se condenará porque fuma", etc. Se repetirá que el mundo está podrido, totalmente pervertido por el pecado. Se olvida muy pronto que Jesús salva todavía al mundo y que lo salvará siempre; que hasta la muerte nada se ha perdido; que Jesús no condenó jamás a ninguna persona individual y que su compasión por la debilidad humana no tiene ningún límite. Jesús ciertamente conocía el corazón del hombre y la profundidad de la raíz del mal anclado en él; pero conocía también los

---

(6) Es útil recordar también lo que dice el Concilio: "...si llegara a suceder, por tanto, por causa de las circunstancias, que en las costumbres, la disciplina eclesiástica, o aun la manera de enunciar la doctrina (que es necesario distinguir cuidadosamente del depósito de la fe), tales reformas no han sido observadas atentamente, es necesario ponerlas nuevamente en vigor en tiempo oportuno, con la conveniente rectitud." (Decreto Dogmático sobre el Ecumenismo, Capítulo II.)

(7) Recordemos que la Iglesia enseña que: los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna, porque el Señor "quiere que todos los hombres sean salvos" (I. Tim. 2, 4). (Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia, Capítulo II.)

últimos recursos del amor que existen en el fondo de ese corazón. Puede haber un terrible orgullo "de rico espiritual", un orgullo de "predestinado" en estas condenaciones demasiado apresuradas, que sólo Dios tiene derecho a decidir.

Explicación de la reacción de hostilidad del católico frente al protestante

Yo no sé si este artículo será leído por algún miembro de las comunidades protestantes del país. Si es así, es probable que no se reconozca sino sólo parcialmente. Yo no puedo ver las cosas más que desde el exterior, puesto que no formo parte de estas comunidades, y miro con los ojos de un católico creyente en la unidad de la sola Iglesia verdadera, fundada por Jesucristo, cuyo elemento visible es tan esencial como el elemento invisible, aunque no es el primero, siendo esta Iglesia la Iglesia Católica. Quisiera sobre todo poner en evidencia lo que sorprende desde el primer contacto a un católico en el descubimiento del protestantismo suramericano. Será necesario conocer mil matices y tener una experiencia más extensa para decir las cosas con mayor exactitud.

Muchos, si no la totalidad de los miembros de estas comunidades, a menudo se sienten heridos por la hostilidad abierta que les muestran los medios católicos. Creo que es importante explicar el porqué de ciertas reacciones católicas.

Lo que molesta profundamente a todo católico practicante del continente suramericano es, precisamente, el hecho brutal de la presencia de las misiones protestantes en nuestro suelo, en donde el 95% de los habitantes forma parte de la Iglesia Católica por el bautismo. ¿Por qué los misioneros protestantes consideran el continente suramericano como el sitio de predilección para el anuncio de la Palabra de Dios? ¿No hay acaso otras tierras de misión suficientemente amplias a las cuales llevar la Palabra de Dios? ¿Por qué venir a sembrar la confusión, la división y la tribulación en las conciencias? Los católicos tienen la impresión de que las dificultades que actualmente encuentra la Iglesia en el continente son provocadas adrede por estas comunidades para atacarla abiertamente, para ignorarla como si no existiera y como si jamás hubiera hecho nada por los habitantes que desde hace siglos tiene a su cargo.

El drama religioso latinoamericano comentado por el Prior de Taizé

Ojalá que nuestros hermanos separados quieran hacer el esfuerzo de comprendernos. Yo no puedo dejar de citar aquí extensamente ciertos pasajes de un libro del pastor Roger Schutz, Prior de la comunidad reformada de Taizé, en Francia, publicado en 1963 y titulado "L'Unité, Espérance de Vie" (Editorial Les Presses de Taisé). El pastor Schutz es poco conocido en América Latina; por el contrario, en Europa occidental, la comunidad que él fundó y su propia personalidad son muy conocidas en todos los medios cristianos, tanto católicos como ortodoxos y protestantes, y su papel en el dominio del ecumenismo es cada vez más importante. Sus esfuerzos se han dirigido especialmente durante los últimos tiempos a ayudar a América Latina y sus numerosos contactos con el episcopado católico del continente le han dado un conocimiento profundo de la situación religiosa de nuestros países. He aquí lo que él escribe:

> "En América Latina, para la masa, ser creyente es ser católico. Importada con la colonización ibérica, la Iglesia Católica ha sufrido, en el curso de los dos últimos siglos, enormes sacudidas. Tres hechos han condicionado un cierto deterioro del catolicismo:
>
> 1) En el siglo XVIII, la expulsión de los jesuítas privó a este continente de misioneros eminentes que habían sabido adaptarse bien a los medios indígenas y que a veces habían defendido los derechos de estos indígenas contra los colonizadores;
> 2) Las guerras de Independencia del siglo XIX hicieron sufrir al catolicismo persecuciones severas por parte de los elementos radicales que, para obtener la separación de la Iglesia y del Estado, utilizaron la violencia. La Iglesia Católica se vio privada del apoyo del Estado y tuvo que apelar, por lo tanto, a las grandes fortunas para sostener las obras existentes. Esto pesará sobre el catolicismo, puesto que da una influencia preponderante a una fracción de la población: los grandes propietarios;
> 3) Después del comienzo del siglo, el crecimiento demográfico ha desbordado a la Iglesia Católica; en 1900 el continente, incluyendo a México, tenía 70.000.000 de habitantes; en 1960 tenía 200.000.000 y se prevén 500.000.000 para fines de siglo. Es el crecimiento demográfico más fuerte del mundo.
>
> Hoy en día, más de un tercio de los católicos vive en América Latina, pero allí se encuentra apenas la décima parte del clero mundial. Una parte considerable del drama religioso reside en este desequilibrio."

¿Cuál habrá de ser la reacción de los protestantes frente a esta situación? El Pastor Schutz escribe:

> "Los evangélicos se encuentran frente a una masa muy pobre, que espera una liberación y pone en ella una potente esperanza mesiánica. Ahora bien, todo el protestantismo de importación reciente hace hincapié en el "advenimiento de la fe" y apoya notablemente su predicación sobre la curación por la fe y la plegaria. Se presenta así un grave problema, que es la ausencia de continuidad en estos grupos cristianos que se interesan más por el surgimiento de ese advenimiento que por las estructuras eclesiales de la institución. Afectan a una enorme masa humana, encienden el fuego, y cuando ese fuego se extingue, cuando la esperanza se convierte en decepción, esos mismos evangelistas pueden siempre encontrar otra vasta realidad humana en donde volver a empezar. El acento puesto sobre la curación en el seno de un pueblo que espera una liberación, puede conducir a una decepción profunda y definitiva que desanima hasta la esperanza en Dios. Podría preguntarse qué sucederá con tantos esfuerzos de evangelización que pretenden vivir de la sola irrupción del Espíritu Santo en medio de los hombes.
>
> Una buena parte del protestantismo manifiesta, frente al catolicismo, una actitud conquistadora. Son numerosos los protestantes que, ante las tensiones que oponen y opondrán entre ellos los católicos, esperan una especie de estallido del catolicismo. Para una conciencia protestante purista más vale una iglesia poco numerosa, purificada de los tibios y de los vividores, desembarazada de la vieja levadura de la hipocresía y del conformismo.

En el trasfondo de la conciencia protestante muy a menudo se inscribe una opción en favor de las rupturas. Se prefiere separar a los hombres de la tradición, de los conformismos, que encarnan la oposición reaccionaria, en vez de apoyarlos. Esto es porque no se puede o no se quiere pasar un período de crisis conjunta que rompa con sus semejantes. Ahora bien, a menudo sólo pueden juzgarse las consecuencias de una ruptura a larga distancia. En cuanto a nosotros, será quizás en el futuro cuando comprobaremos y sufriremos más pesadamente las consecuencias de cuatro siglos de divisiones entre los cristianos. Es necesario reconocerlo: toda ruptura, que por el momento suprime la tensión, es, en definitiva, un empobrecimiento. Pero nosotros no podemos desear a ningún cristiano, y aún menos a ninguna cristiandad, este empobrecimiento. De suerte que, para ir a la América Latina a aplicar este principio, lejos de crear oposición con los católicos, los protestantes responderían a una vocación fundamental del Evangelio siendo, por sobre todo, fermentos de unidad.

No puede aceptarse de ningún modo el desmantelamiento de lo que existe, sino, por el contrario, ayudar a la superación, que es la única que permite salir de una crisis con mayor fuerza y enriquecimiento. Guardarse, por tanto, de las falsas victorias que se cree tener cuando se ha impuesto una idea personal. He aquí la actitud de un verdadero realismo cristiano.

Al juzgar desde afuera una vieja tradición cristiana, tal como la tradición católica de América Latina, estamos exponiéndonos a sustituir el buen grano con la cizaña. Arrancar a los hombres de su confesión es arriesgarse a extraerlos de una situación sociológica en la cual la gracia de Dios podría tocarlos abundantemente y sacarlos del lugar donde podría renacer una verdadera fe en la línea de una continuidad.

En conjunto, aprender a mirar al cristiano en su cara con la mirada misma de Cristo. Considerar en el otro lo mejor que Dios ha depositado en él; y ¿no es esto acaso el mismo Cristo? Esta consideración prepara el camino para respetar y amar al hermano católico y, al mismo tiempo, para descubrir los tesoros insospechados que Dios ha depositado en él."

Estas líneas del pastor Schutz adquieren todavía mayor valor cuando se conoce la acción emprendida bajo su iniciativa para ayudar a los católicos suramericanos a resolver, en el plano práctico, problemas importantes para el porvenir económico del continente; por ejemplo, su colaboración con el Episcopado chileno para la formación de todo un personal calificado que, en las tierras distribuidas a los campesinos por la Iglesia de Chile, puedan adelantar eficazmente la reforma agraria así comenzada. Es cierto que esta actitud profundamente fraternal y respetuosa está totalmente en la línea de la enseñanza de Cristo; todos los cristianos, tanto los católicos como los protestantes, pueden aprender mucho del espíritu que forma la base de este trabajo.

Confusión en la diversidad de heraldos del Evangelio y en la diversidad de su vocabulario

La confusión que siembra la presencia de cristianos separados que predican la mismo Buena Nueva y que atacan a menudo a la Iglesia católica, se aumenta todavía por el hecho de que se utiliza un vocabulario que resulta molesto y nos hiere a nosotros, los católicos. La costumbre que tienen las comunidades protestantes de llamar a sus miembros los "creyentes" nos resulta chocante. Esto hace suponer que nosotros, católicos, no somos "creyentes". ¿Por qué abandonar el hermoso nombre de "cristianos" para designar a los discípulos de Jesucristo, todos los discípulos de Jesucristo, los que creen en su nombre y los que creen que sólo a través de El nos viene la salvación? ¿No estamos acaso unidos por un solo y mismo bautismo, que nos da la misma y única gracia de Dios? Estas cuestiones del vocabulario no carecen de importancia, y el uso exclusivo de la palabra "creyente" para aquellos que están "salvados" no es, en último término, más que el reflejo de una mentalidad que busca más la división que la unidad.

La consecuencia de todo esto es que, forzosamente, la predicación de los hermanos separados en América Latina no puede dejar de tomar un tono anticatólico; y es esto lo que resulta muy grave y lo que provoca entre los católicos no solamente un profundo dolor, pero que muy a menudo se torna en irritación y en actitudes poco conformes con la dulzura evangélica (8).

Precisemos bien que, al actuar así nuestros hermanos separados en misión en nuestros países de tradición católica, proceden ciertamente de buena fe y creen que al atacar a la Iglesia no se ataca más que al error para liberar a los fieles de esta Iglesia y devolverles la santa libertad de los hijos de Dios. Actúan así totalmente de acuerdo con su doctrina. Por esta razón, cuando nosotros los católicos reflexionamos en relación con esta importante cuestión planteada por la presencia de los protestantes en nuestro suelo, debemos evitar en nosotros todo movimiento de acritud o de violencia hacia las personas. Es bien cierto que esta presencia, que atribula a las conciencias, puede hacer pensar en el enemigo que, según la parábola, viene a sembrar la cizaña entre el buen grano, aprovechándose de la obscuridad. Esto puede ser verdadero en el plano de las cosas vistas objetivamente, y en este plano la Iglesia tiene ciertamente no sólo el derecho, sino el deber de defender la verdad y a sus fieles amenazados por el error.

Es necesario ver bien las cosas cara a cara; nuestros hermanos protestantes de América Latina están todavía lejos de aceptar la posición defendida con tanta caridad por el pastor Schutz, en las líneas que acabo de citar. Estas líneas denotan una serenidad muy grande y una visión muy realista del drama que significa para todas las iglesias la Reforma del siglo XVI. Los tiempos han pasado, las pasiones se han calmado, la nostalgia de la unidad perdida ha renacido y ésta es una de las grandes esperanzas de nuestros tiempos. La desgracia de muchas de las comunidades de las cuales habla este artículo consiste en no poseer esta nostalgia, en rechazar en conjunto, sin matices, como malo, todo lo que profesa la Iglesia Católica; en esta perspectiva, es normal desear su estallido.

Santa María de Erebato (Edo. Bolívar)

---

(8) Nosotros los católicos no nos lavamos las manos hipócritamente de toda falta contra la caridad ecuménica. Muy a menudo los ataques violentos contra las personas y los gestos inútilmente provocados parten de nuestros hermanos en la fe. Pero es necesario insistir sobre la situación violenta que representa para todo católico la presencia protestante misionera en nuestro suelo.

Perfil típico del ecumenismo en Latinoamérica

Juan Francisco Nothomb
Hermanito del Evangelio

En la entrega anterior de SIC apareció la primera parte de este trabajo, como recordarán nuestros lectores. En ella, al describir las características de las comunidades salidas de la Reforma que operan en Latinoamérica, se destacaba de hecho la dificultad para el diálogo ecuménico. A pesar de ello esta segunda parte afirma y fundamenta su posibilidad.

II POSIBLE EL DIALOGO

Si tal es la situación, ¿será imposible todo diálogo ecuménico en América Latina?

Citamos la frase de un Vicario Apostólico de una zona misionera del continente americano: "El ecumenismo en Roma es muy bello, pero aquí, en el terreno, es otra cosa." Es necesario comprender bien esta frase. Es cierto que es mucho más simple discutir la cuestión ecuménica en el clima más sereno de un encuentro a nivel de los dirigentes, y sobre todo cuando se trata de una cosa sagrada como lo es el esfuerzo hacia la unidad querida por Dios, que discutirla sobre el terreno, en donde afrontamos una situación bien concreta, en la mayor parte de los casos extremadamente compleja y delicada. ¿Hay acaso algo más penoso que predicar el mismo Dios y, en nombre de ese Dios, atacar lo que dice el que está enfrente? Es una suerte que se pueda discutir en el nivel superior en forma más serena, porque, de otro modo, la cuestión no avanzaría sino a paso de tortuga o se estancaría del todo. Ya el hecho de que nuestros dirigentes discutan esta cuestión es una esperanza inmensa de que suavemente, sobre el terreno, se tomarán también actitudes cada vez más favorables para un clima de amor mutuo y de unidad. En este sentido, esta frase significa que es necesario desear, desde el fondo del corazón, vencer algún día las dificultades y estar listo a todo esfuerzo, sin peligro de la verdad, para alcanzar ese objetivo. Pero si esta frase quiere decir que sobre el terreno no puede hacerse nada, entonces la situación puede considerarse como desesperada, porque la simple lucha no trae jamás consigo la luz total. Por otra parte, es indigno de un cristiano desesperarse: "Jesús es el Maestro de lo imposible."

Razones afirmativas: 1 - la caridad

Hay, por consiguiente, muchas razones que nos hacen responder afirmativamente a la posibilidad de un diálogo ecuménico aquí, sobre el terreno.

La primera de todas, y sin comparación la más importante, es la caridad de Dios que nos presiona y su voluntad expresa de que todos aquellos que lleven su nombre sean uno no solamente en una unidad espiritual, sino también en una unidad visible. Lo que nos une es un lazo muy fuerte: la fe en la Santísima Trinidad, en Jesús Salvador, significada por el bautismo,

que nos hace miembros del Cuerpo Místico de Cristo y es la única gracia que actúa en todos nosotros. Es cierto que muchos hermanos protestantes no se han abocado a este problema y que no sienten la angustia de la separación. Esta no es, sin embargo, una razón para no comenzar a dialogar. Por otra parte, el movimiento que lleva a la Iglesia Católica y a todas las Iglesias hacia la búsqueda de la unidad ha tomado desde hace algunos años tal amplitud que ningún cristiano puede dejar de tenerlo en cuenta. Lo que ha sucedido en tan poco tiempo, bajo la acción del Espíritu Santo y con el servicio de algunos pioneros, ignorados al comienzo, como todos los pioneros, era imprevisible hace apenas una década. En el Concilio todo el episcopado ha tomado conciencia de este problema, aun los obispos de las diócesis donde nunca se ha presentado. Es verdaderamente un problema de la Iglesia toda entera, de la cual **todos** somos responsables. Por esto no podemos invocar el hecho de que aquellos con quienes queremos dialogar no buscan ese diálogo. A nosotros nos corresponde superar la dificultad por nuestra actitud fraternal, aun en las situaciones delicadas —y Dios sabe si pueden ser delicadas... La caridad, siempre activa en quienes están en estado de gracia, sabe inventar esos medios... Se trata de aprender a conocerse, más que de discutir. La discusión no puede dar frutos sino en un clima preparado, y es ese clima lo que es necesario preparar. Y lo primero debe ser hablar juntos. Es sorprendente comprobar hasta qué punto nuestros hermanos separados conocen mal a la Iglesia Católica y sus enseñanzas. ¡Cuántas ideas falsas, cuántas verdades a medias, cuántos errores en sus juicios respecto a nosotros! Y es necesario confesar también cuántas ideas falsas, cuántas verdades a medias, cuántos errores de nuestra parte en relación con ellos, por falta de conocimiento mutuo.

La caridad nos fuerza a pensar también en aquellos a quienes evangelizamos, y aquí hablo sobre todo de las misiones en tierras paganas, aunque esto puede aplicarse también a otros sitios donde existen comunidades protestantes jóvenes en vías de formación. Imaginémonos la tribulación que puede suscitar en el pensamiento de los paganos primitivos a quienes nos aproximamos, el hecho de que estamos divididos. El autor de estas líneas vivió este problema en una forma muy concreta. A 30 kilómetros de nuestra misión existe otro poblado Makiritare donde vive un matrimonio misionero protestante. En el espíritu de nuestros amigos indios, que tienen tendencia a juzgarlo todo o exclusivamente bueno o exclusivamente malo, ¿cómo hacerles comprender que no estamos de acuerdo con lo que enseñan los otros, pero que, a pesar de esto, en el plano personal, tenemos relaciones de amistad con el pastor? La caridad y la verdad nos prohiben responder que son malos, como a menudo nos lo sugieren las preguntas de nuestros hermanos primitivos. Sería tan simple responder: "Sí, son malos", pero esto sería falso. A menudo me digo a mí mismo que el testimonio amistoso que, como discípulos de Jesucristo, nos demos frente a nuestros amigos indios, a pesar de estar separados, será a la larga más fructífero para la extensión del reino de Dios, que un estado latente de lucha y de proselitismo activo en territorio ajeno. El problema es sumamente delicado porque hay una verdad objetiva que es necesario defender y que nuestros nuevos cristianos no pueden todavía **detectar** antes de tener cierta experiencia. Hay, por consiguiente, el deber de defender el rebaño que nos ha sido encargado. Pero aun en esto creo que sólo la caridad activa puede hacer encontrar la solución a este problema delicado. De otra manera, existe el riesgo de que nos convirtamos en "ladrones del rebaño en vez de guardianes del rebaño", como me lo decía recientemente un pastor, refiriéndose tanto a los protestantes como a los católicos.

2 - la unidad, enriquecimiento; la separación, amputación

Otra razón que debe impulsarnos al diálogo es el hecho de que la unidad es un enriquecimiento y de que toda separación entre hermanos es una amputación, un empobrecimiento. Por supuesto, nosotros los católicos sabemos que sólo la Iglesia enseña la verdad entera, bajo la guía del Espíritu Santo que la garantiza contra todo error, para todo lo que se refiere a lo esencial del dogma y de la moral. No se trata, por lo tanto, para dialogar o para comenzar el diálogo, de hacer un sincretismo que no puede hacer otra cosa que llevar al indiferentismo. Es seguro que la separación o las separaciones sucesivas no han quitado nada de esencial a la sola y única verdadera Iglesia de Jesucristo. Pero no olvidemos que en toda separación hay siempre falta de ambas partes. Sería demasiado fácil culpar al otro y considerarse orgullosamente como inocente. El reconocimiento solemne, por parte del Papa Paulo VI, en su discurso de apertura de la III Sesión del Concilio, de las faltas personales de los católicos y de la manera humilde en la cual él pidió perdón a nuestros hermanos separados, debe quitarnos definitivamente toda tentación de superioridad en el plano personal. Por otra parte, es suficiente leer la historia de la Iglesia para descubrir hasta qué punto, en ciertos casos, nosotros tenemos mucha parte de la responsabilidad en las separaciones. Pensemos también en todos los endurecimientos, en sentido contrario, que provoca toda reacción. Por ejemplo, la falta de meditación frecuente de la Sagrada Escritura por parte de tantos católicos es una consecuencia de las doctrinas extremistas de los reformadores del siglo XVI. Pensemos también en las deformaciones y exageraciones de ciertas prácticas del culto, particularmente el de los santos, cuyos rasgos están todavía en nuestros días tan visibles en la imaginería de mal gusto de tantas de nuestras iglesias.

3 - aprender algunos métodos suyos de evangelización

Hay también otros planos sobre los cuales tenemos que aprender o refrescar lo que aprendimos, y donde la manera de actuar de nuestros hermanos separados en el plano práctico de la evangelización puede servirnos de ejemplo y de lección. Al decir esto pienso

particularmente en el celo que ellos demuestran, en el sentido de poner en manos de sus fieles, lo más rápidamente posible, el texto íntegro de las Sagradas Escrituras y de hacerlos rezar en su propio idioma. Es necesario reconocer su magnífico esfuerzo de organización interconfesional para las ediciones bíblicas. Es necesario reconocer que en este plano estamos seriamente atrasados, y un Padre del Concilio lo señaló así en sesión pública. Es necesario admirar también su preocupación por aprender lenguas indígenas, así como todos los esfuerzos de adaptación que hacen para conocer la mentalidad de aquellos a quienes quieren evangelizar. Hay otro punto en el cual me parece que las misiones católicas tienen un serio retardo y en relación con el cual nuestros hermanos separados tienen gran experiencia. Las misiones han permanecido entre nosotros, hasta ahora, demasiado exclusivamente reservadas a los especialistas, que son los religiosos. Falta en nuestros territorios de misión en tierra pagana el testimonio irremplazable de los laicos y, sobre todo, de matrimonios cristianos: se trata, en el fondo, de una toma de conciencia de la importancia del apostolado de los laicos que es necesario redescubrir. El hecho de que la inmensa mayoría de los misioneros protestantes son casados y tienen, por consiguiente, responsabilidades de familia, tiene ciertamente una importancia muy grande. Por supuesto que a nuestros hermanos separados les falta el sacerdocio y el valor irremplazable del celibato voluntario, por amor de Dios y por amor de los hombres, testimonio del absoluto de Dios; en este punto los protestantes han de aprenderlo todo de nosotros. Es cierto que la presencia de matrimonios en las misiones plantea a estas familias problemas serios para la educación de los hijos. Pero la forma en que nuestros hermanos separados los afrontan y los resuelven nos demuestra que, en definitiva, no constituye un obstáculo.

Es cierto también que la exigencia de suprimir el uso de las bebidas alcohólicas, aunque no se justifique en el plano doctrinal y aunque no tenga ningún fundamento en la Escritura, tiene un valor muy positivo. No se pueden ignorar los desastres que causa el abuso del alcohol en las poblaciones subdesarrolladas. Y la experiencia nos demuestra lamentablemente que nuestras poblaciones indígenas, tan sanas desde el punto de vista físico y moral en su medio tradicional, son minadas por el alcohol una vez que se ponen en contacto con la población blanca. Allí también debemos de aprender de nuestros hermanos separados en este plano de moral práctica.

Nuestro peligro de actitud frente a su éxito actual y futuro

Una última cuestión me parece todavía importante, en relación con un peligro que amenaza a los católicos frente al éxito actual y el crecimiento numérico de los comunicados protestantes: es el peligro del endurecimiento, de la acritud. Este peligro no es irreal. Es cierto que las comunidades protestantes de América Latina navegan viento en popa, y que se puede prever normalmente, humanamente, su progresión en número, en detrimento, como es natural, de la Iglesia Católica. Es cierto que en los años próximos aumentará el personal misionero; la propaganda por radio es intensa y, en general, bien hecha; el terreno humano está totalmente preparado y las comunidades protestantes tienen el entusiasmo de los que comienzan, sin el peso de una institución, necesaria, pero a veces demasiado pesada; de aquí que se adapten fácilmente a las necesidades concretas, siempre diversas. Son comunidades jóvenes, y por ello fervientes y acogedoras, que constituyen una fuente de alegría y de consuelo para quienes las dirigen, por lo cual resultan eminentemente misioneras. En tanto que en nuestras tierras de tradición católica, los sacerdotes, muy aislados espiritualmente y a menudo también humanamente, tienen pocos consuelos apostólicos y a menudo están tentados a desanimarse. No se podrá impedir ese progreso con medidas puramente negativas de defensa o con condenaciones. Hay allí, frente a este peligro de endurecimiento que no es ilusorio, una llamada a la humildad para todos los católicos, a fin de que miren la situación con realismo, para tener el valor de autocriticarse y de reformar lo que sea menester. Una vez más, el ejemplo dado por el Concilio es una llamada a todos los católicos, cada uno en su campo propio, para que hagan seriamente un examen de conciencia.

En cierto modo, esto es volver a la gran cuestión planteada a la Iglesia por la presencia de los misioneros protestantes en nuestro suelo. La falta de obreros apostólicos, sacerdotes o laicos, es trágica. Inútil es tratar de encubrir esta herida muy dolorosa, aguijón permanente en la carne de la Iglesia Católica en América Latina. Pero el hecho está allí: nuestros fieles no son evangelizados como debieran serlo. La Iglesia, que es madre, se ve obligada, por imposibilidad, a dejar de alimentar un número incesantemente creciente de sus hijos, confiados a ella por la Divina Providencia. Esto constituye un sufrimiento que debería quitarnos el sueño. La solución no puede estar sino en la intensificación de la santidad en todos los fieles conscientes de la Iglesia, para que entre el laicado surjan numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y laicas, para atender a la viña del Señor. Ojalá que la presencia de nuestros hermanos protestantes sea también un aguijón que nos ayude a tomar conciencia de nuestra responsabilidad espiritual y apostólica y que el drama de nuestra separación nos oriente a todos, protestantes y católicos, hacia una búsqueda, cada vez más seria, de la voluntad de Dios en cada uno de nosotros (1).

Santa María de Erebato

(1) Hay numerosos pasajes del Decreto Conciliar sobre el ecumenismo que sería necesario citar. Este texto debe leerse y releerse (Ediciones Paulinas). Cito sólo un pasaje: "Los católicos misioneros que trabajan en el mismo país que otros cristianos deben conocer, especialmente hoy, las cuestiones que plantea el ecumenismo a su apostolado y los resultados que éste obtiene." (Capítulo III)